

Discurso pronunciado por el académico don Juan Eduardo Vargas Cariola en la
Ceremonia de entrega del Premio *Miguel Cruchaga Tocornal* 2013,
a doña Rosario Willumsen y don Carlos Corso
efectuado el martes 15 de diciembre de 2015.

Señor Presidente, señoras y señores Académicos, señoras, señores, amigas, amigos

En 1956, cuando nuestra Corporación estableció el Premio Miguel Cruchaga Tocornal, se pensó que la mejor manera de recordar a dicha figura –que fue su segundo Presidente entre 1935 y 1949- era distinguiendo a un egresado universitario que hubiese escrito una tesis meritoria. De esta manera, se quería estimular a quienes demostraban especiales condiciones para la investigación histórica, contribuyendo así a mantener viva la renovación generacional que es indispensable en cualquier disciplina.

Al mirar las memorias que fueron honradas a partir de entonces se aprecia que, hasta 1970, aproximadamente, predominan en ellas las monografías de carácter institucional, político y diplomático; a las que se agregan, desde ese año y hasta fines de la década de 1980, los temas dedicados a la biografía, al mundo indígena, los trabajadores y los de naturaleza económica, quedando así en evidencia que los cambios que experimentaba nuestra disciplina, casi todos provenientes de la Escuela de los Annales, que instaba a interesarse por cuestiones que fueran más allá de la historia política, comenzaban a encontrar cada vez más eco entre los **estudiantes**. En los últimos 20 años, en fin, dicho galardón recayó en investigaciones que se han referido a los bandidos, al Estado, la muerte, las provincias de nuestro país, los sectores populares, el exilio que se inició en 1973, la caridad, la nueva historia política y las representaciones y prácticas culturales, por mencionar algunas de las materias que posibilitan apreciar que no pocas de las inquietudes historiográficas francesas siguen presente entre quienes resultaron premiados y, desde luego, en los maestros que fueron sus guías.

Me atrevería a decir que dichos trabajos, desde los primeros hasta los últimos que fueron sido reconocidos, tienen una suerte de fondo común, si se me permite la expresión, que corresponde al hecho de que se elaboraron a partir de lo que sugerían las fuentes y con el propósito principal de comprender lo que me parece que es el objetivo último de la historia: desembrollar las razones y las sin razones de las conductas de los hombres (y mujeres) en el tiempo. Esas investigaciones –realizadas por jóvenes- tenían, por cierto, muchas debilidades. Pero, miradas con perspectiva, las considero más sólidas que las que hoy parecen estar en boga entre los alumnos de historia que son devotos de los grandes marcos teóricos, excesivamente amigos de disciplinas tales como la antropología, psicología, filosofía, lingüística y sociología y que, en fin, hacen gala de una marcada carga ideológica. Sus obras, elaboradas a partir de esas convicciones, reconstruyen un mundo casi mecánico, en el que la libertad de cada cual pierde su sentido, al ser el destino de los hombres vivir siempre enfrentados -los débiles, “explotados” o “controlados”, por un lado, con los poderosos, por el otro; y en el que los mitos, la religiosidad o los ideales –me refiero tanto a los de los actores principales como secundarios- resultan realidades sin existencia propia y meras expresiones de las estructuras económicas y sociales que

aprisionan a la mayoría. Por si fuera poco, quienes siguen esta orientación suelen caer en un verdadero sacrilegio historiográfico, como lo es convertirse en jueces del pasado, condenando a todo aquél que haya defendido en épocas pretéritas cuestiones contrarias a las que profesan quienes se asignan esa extraña función.

Hay que celebrar, en medio de los riesgos historiográficos insinuados, que los textos que reciben este año el Premio Miguel Cruchaga Tocornal –cuyos autores son Rosario Willumsen y Carlos Corso- hayan sido confeccionados sobre la base de las herramientas metodológicas y conceptuales que son propias de la historia; esto es, sin una inclinación exagerada hacia las ciencias sociales y asignándole a las fuentes y a la hermenéutica –que es el camino metodológico de nuestra disciplina- la significación intelectual que permite aproximarse al pasado con un aceptable grado de objetividad. El campo que abordaron ambos es, sorprendentemente, el mismo: el arte en Chile a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX. O quizás, a fin de ser más preciso, debería decir que su objeto de interés es el gusto por el arte en ese período. Así, la investigación de la señora Willumsen, que se refiere a los cuadros y esculturas de la familia Cousiño Goyenechea, le da pie para introducirse, con gran fineza, en asuntos tan atractivos como el coleccionismo, el mecenazgo y el mercado artístico, los cuales le permitieron valerse de ellos para deducir algunos de los rasgos de la mentalidad de esa importante familia de la elite chilena. En este sentido, nos advierte que los Cousiño Goyenechea, en contra de lo que se observaba entonces en los Estados Unidos y Argentina, en donde los coleccionistas, por razones de prestigio o filantropía, donaban sus tesoros, mantienen los suyos en su palacio de la calle Dieciocho para poco más que el disfrute familiar y, desde luego, para exhibirlos con orgullo cuando recibían a sus invitados. En cuanto a sus gustos, dicha colección reflejaría los que eran propios del mundo burgués, al inclinarse sus propietarios por las obras de temas históricos y mitológicos, los retratos, las pinturas religiosas y otras cuyo tema es la naturaleza, en una suerte de convivencia de obras que coinciden tanto con la tradición academicista cuanto con cierta modernidad, representada esta última por el paisaje, y reflejando una y otra lo que eran entonces las preferencias artísticas de las elites europeas, a las que nuestra elite –o buena parte de ella- deseaba imitar.

El estudio del señor Corso –cuyo título es *La Exposición Internacional de Bellas Artes de 1910-* presenta muchas coincidencias con el recién reseñado, aunque difieren finalmente porque la señora Willumsen examina el gusto por el arte en un espacio privado y dicho autor, en cambio, lo hace en uno público, al dedicar su investigación al análisis de las pinturas que se adquirieron, en Chile y en el extranjero, a fin de exhibirlas en dicho importante certamen. Llama la atención que ese tema surgiera en un seminario de historia cuantitativa y, más aún, que se le propusiera, por parte del profesor responsable de ese curso, “determinar la calidad y valoración de las obras expuestas”, mediante una suerte de historia de los precios. Y no puede sino celebrarse que el resultado de su tesis demuestre que la historia económica también posibilita adentrarse en terrenos tan distantes de los números como lo es el arte y la sensibilidad de quienes seleccionaron dicha muestra pictórica. Con respecto a los criterios empleados por las responsables de esa tarea, se precisa que en la compra de las obras predominaron “visiones sumamente parecidas”, más bien conservadoras, entendiéndose por tales las más tradicionales o “clásicas”, sin dar mayor cabida a la modernidad, como lo era entonces el impresionismo, tendencia que era vista como contraria al ideal de belleza con la que se pretendía deleitar al gran público. Alberto

Mackenna Subercaseaux, una de las figuras designadas para adquirir pinturas, relataba al respecto que “creyó ser víctima de alguna pesadilla” cuando vio, en el hall del hotel que se hospedaba en Bélgica, una serie de obras simbolistas, cubistas y decadentes de artistas que querían participar en la Exposición y que correspondían –añadía- a “toda la estrambótica gama de esos charlatanes del arte que, a falta de verdadero talento, quieren llamar la atención con extravagancias”.

Una vez que el señor Corso determinó las obras que se compraron se valió, a fin de determinar su valor artístico, del catálogo que Emmanuel Bénézit dedicó a los artistas a comienzos del siglo XX. Apoyándose en los datos que entrega esa fuente, concluye que la “mayoría de los pintores que asistieron (a ese magno evento) no han sido de gran importancia para la historia del arte o para el mundo artístico de su época”. Su sentencia deja patente que el gusto artístico de quienes tuvieron el deber de adquirir los lienzos que se expusieron estaba muy lejos de lo que entonces se consideraba, por los entendidos, como obras valiosas, tal vez porque carecían de la sensibilidad necesaria para entender las vanguardias. Las tesis premiadas invitan a preguntarse, casi a modo de conclusión, si el gusto de nuestra elite por lo clásico no es propio de un grupo que, por mil motivos, pareciera estar más cerca de la tradición que del cambio. O, en otras palabras, no siempre dispuesto a abrirle las puertas a la modernidad, la que, como bien se sabe, siempre encontró más respaldo en la juventud de ese sector social que en las otras generaciones que formaban parte de él

Los antecedentes expuestos acerca de los aportes de las tesis de Rosario Willumsen y Carlos Corso exteriorizan el valor de sus investigaciones y justifican el galardón que les ha otorgado la Academia Chilena de la Historia. Y nos sirven para aguardar de ambas nuevas y valiosas investigaciones que nos permitan entender, en cualquier tema que aborden, las razones y las sin razones de las conductas de los hombres (y mujeres) en el tiempo. No les pedimos nada más, ni nada menos.

Muchas gracias